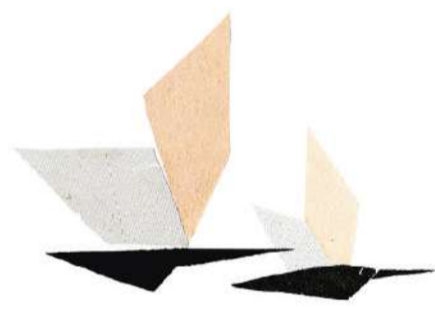
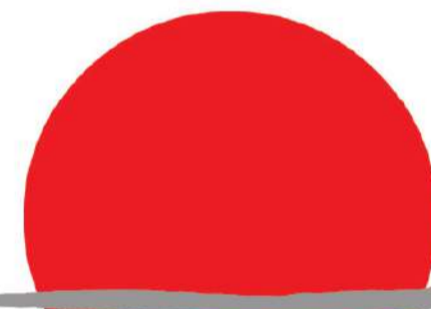


ESTOY AQUÍ



Mi última huella

Ilustrador Valeria Varlezza



Año 2019, tenía 24 y cursaba mi último año en la U, soy de Quirihue, “mi pueblo”, estudiaba en Conce y mi familia con todo su esfuerzo había cumplido mi sueño de vivir solo. Ya en octubre, en el contexto del estallido social, dediqué parte de mi tiempo a estas causas, pero me comencé a sentir diferente, en cada baile o cántico entre la multitud me agotaba exageradamente y al vivir solo era fácil ocultar todo lo mal que me sentía, total era joven y se me pasaría.

Raramente durante esas noches silenciosas de insomnio y soledad pensaba en lo aburrida que sería mi vida, siendo ingeniero en una oficina y que una vez muerto nadie me recordaría, ya que no habría dejado ninguna huella. Volví a mi casa y el diagnóstico nos derrumbó como familia, cáncer, una leucemia linfoblástica aguda. Cuando la doctora me contó, tomaba mi mano y yo solo la miraba impávido, no sabía muy bien de qué se trataba así que desconocía lo que se vendría hasta que fui trasladado a Conce, ignorando que no volvería a casa por un tiempo. Lloraba en los brazos de mi familia, parecía una pesadilla y a mi lado había un paciente que jamás olvidaré, tenía unos 50 años y entre su respiración entrecortada y el oxígeno me dijo que estuviese tranquilo, que tenía que pensar positivo, me dio tanta calma y esa misma noche falleció. Inicé mi tratamiento y había decidido enfrentarlo siempre positivo, por lo que no tuve grandes malestares más que el cansancio habitual, estaba tranquilo y por alguna razón me asigne el rol de ser un pilar para mi familia y amigos, si yo estaba bien ellos también lo estarían. Pasaron varios meses y tenía el mismo ímpetu, fluir siempre fue mi lema. En agosto del 2020 recibí el llamado más esperado, tenía fecha para mi trasplante de médula, el que me salvaría la vida, mi hermana era 100% compatible y nos fuimos a Santiago. Recibí mis primeras radioterapias y mi cuerpo no respondía como antes, sentí la debilidad física y mental por primera vez, vivíamos en el piso 16 y recuerdo una noche mirar por la ventana y haber pensado en que si escapar por ahí sería la mejor solución para terminar con mi dolor y el de mi familia, pero en segundos me arrepentí de aquel pensamiento. Luego hospitalizado para el trasplante, entré en un bucle de dolor físico y emocional que nunca había sentido, me mostré débil frente a mi familia, quise abandonar, llamaba a mi madre y lloraba, solo me contenía escuchar su respiración y su voz, pero aguanté. Salí del hospital e inicié un largo proceso de recuperación donde todo eran exámenes y controles, tenía una voz en mi cabeza que me impedía dormir, la ansiedad y el nerviosismo llegaron para quedarse. Durante todo el proceso de mi enfermedad aparecieron personas increíbles en mi camino, mis “angelitos”, a los que se sumaron mi psicóloga y mi instructor de mindfulness, quienes me ayudaron a sanar y a recuperar la chispa que había perdido. Me sentía mejor que el Gonzalo sin cáncer, más consciente, empático, tenía amor propio, tenía metas y sueños reales, utilizaría mis conocimientos para ayudar a quienes viviesen lo mismo, crearía una fundación y estaría ahí para ellos. Mis amigos y familia me hablaban sobre lo mucho que les había impactado mi forma de sobrellevar la enfermedad, cuánto me admiraban y hasta que yo había cambiado sus vidas, comprendí así que esa podría ser la huella que tanto me cuestioné no dejar.

En enero de 2021 regresamos a casa, la médula había prendido, por fin vi a mi perrito y respiré la naturaleza pura del campo, tenía planes como obtener mi título universitario y otros. Pero el destino difirió, el cáncer volvió de forma rápida y violenta, destruyéndonos nuevamente como familia y recibimos la peor noticia, ya no existiría una cura, el único tratamiento que me podían ofrecer era paliativo, tratarían de hacer todo lo posible para que pudiese vivir algunos meses tranquilo y en paz con mi familia, a quienes le comunicaron que su hijo moriría de cáncer. Mi única condición fue que no quería morir solo y los médicos me aseguraron que eso no pasaría, por lo que decidí dar esta última lucha, siendo inevitable pensar en mi funeral, en el sufrimiento de mis padres, en los sueños que no cumpliré. Curiosamente antes de recaer fui a la playa, disfruté de la grandeza del océano, vi la puesta de sol y literalmente en mi mente pensé que podía morir en paz y feliz en ese momento, me sentía pleno. Aquí hay una ventana que da a la calle, por ahí veo a mi familia y a mis amigos, atesoro cada momento con ellos, sus gestos, sus risas y sus voces a través del teléfono, tengo motivaciones, no dejaré que mi lucha sea en vano, desde mi posición intento crear conciencia por redes sociales a través de mi experiencia con el cáncer y la música junto a la escritura siguen siendo mi terapia favorita. Si pudiese retroceder el tiempo no lo haría, agradezco lo que me tocó vivir, cada respiración es vida, me siento en paz y feliz, como ahora escribiendo este relato, el que quizás será mi última huella.

